

Mensaje uno

**La comunión de la vida eterna:
la realidad de vivir en el Cuerpo de Cristo**

Lectura bíblica: 1 Jn. 1:1—2:2

I. Las epístolas de Juan (especialmente su primera epístola) despliega el misterio de la comunión de la vida eterna—1 Jn. 1:3-4, 6-7:

- A. La comunión es el fluir de vida divina dentro de los creyentes, representada por el fluir del agua de vida en la Nueva Jerusalén; la realidad del Cuerpo de Cristo, la vida de iglesia actual, es el fluir del Señor Jesús dentro de nosotros, y Éste que fluye debe tener la preeminencia dentro de nosotros—vs. 2-4; Ap. 22:1; Col. 1:18b; cfr. Ez. 47:1.
- B. La comunión es el Dios Triuno que fluye: el Padre es la fuente de vida, el Hijo es el manantial de vida y el Espíritu es el río de vida; el resultado de este fluir es la totalidad de la vida eterna: la Nueva Jerusalén—Jn. 4:14b; Ap. 22:1-2.
- C. La comunión es el impartir del Dios Triuno: el Padre, el Hijo, y el Espíritu, dentro de los creyentes como su porción y bendición únicas, a fin de que ellos las disfruten hoy y por la eternidad—1 Co. 1:9; 2 Co. 13:14; Nm. 6:22-27.
- D. La comunión indica la idea de dejar los intereses privados y de unirse a otros con un propósito común; por consiguiente, estar en la comunión divina es dejar a un lado nuestros intereses privados y unirnos con los apóstoles y con el Dios Triuno para que se lleve a cabo el propósito de Dios—Hch. 2:42; 1 Jn. 1:3.
- E. La comunión proviene de la enseñanza; si enseñamos cosas equivocadas y diferentes de la enseñanza de los apóstoles, la enseñanza de la economía de Dios, nuestra enseñanza producirá una comunión que es sectaria y divisiva—Hch. 2:42; 1 Ti. 1:3-6; 6:3-4; 2 Co. 3:8-9; 5:18.
- F. La primera epístola de Juan revela los principios de la comunión divina; 2 Juan revela que no debemos tener comunión con los que niegan a Cristo (vs. 7-11); y 3 Juan revela que debemos permanecer en la única comunión de la familia de Dios al encaminar a los que viajan por el evangelio y el ministerio de la Palabra de una manera digna de Dios, y por medio de no querer ser el primero en la iglesia (vs. 5-10).

II. La comunión de la vida eterna es la realidad de vivir

Mensaje uno (continuación)

en el Cuerpo de Cristo en la unidad del Espíritu—1 Co. 10:16-18; Hch. 2:42; Ef. 4:3:

- A. Entramos en el aspecto vertical de la comunión divina por el Espíritu divino, el Espíritu Santo, este aspecto de la comunión se refiere a nuestra comunión con el Dios Triuno cuando lo amamos a Él—2 Co. 13:14; 1 Jn. 1:3, 6; Mr. 12:30.
- B. Entramos en el aspecto horizontal de la comunión divina mediante el espíritu humano; este aspecto de la comunión se refiere a la comunión que tenemos unos con otros al ejercitar nuestro espíritu al amarnos unos a otros—Fil. 2:1; Ap. 1:10; 1 Jn. 1:2-3, 7; 1 Co. 16:18; Mr. 12:31; Ro. 13:8-10; Gá. 5:13-15.
- C. La comunión divina, la cual es única, es una comunión entretrejida: a saber, la comunión horizontal está entretrejida con la comunión vertical:
 - 1. La experiencia inicial de los apóstoles era la comunión vertical con el Padre y con Su Hijo Jesucristo, pero cuando ellos anunciaron a otros la vida eterna, experimentaron el aspecto horizontal de la comunión divina—1 Jn. 1:2-3; cfr. Hch. 2:42.
 - 2. La comunión horizontal con los santos, nos introduce a la comunión vertical con el Señor; entonces, nuestra comunión vertical con el Señor nos introduce a la comunión horizontal con los santos.
 - 3. Debemos mantener tanto el aspecto vertical como el horizontal de la comunión divina, a fin de estar espiritualmente sanos—cfr. 1 Jn. 1:7, 9.
- D. La comunión divina es todo en la vida cristiana:
 - 1. Cuando la comunión desaparece, Dios también desaparece; Dios viene como la comunión—2 Co. 13:14; Ap. 22:1.
 - 2. En esta comunión divina Dios se entreteje con nosotros; este entretejer es la mezcla de Dios y el hombre a fin de introducir el elemento constituyente divino en nuestro ser espiritual a fin de que crezcamos y seamos transformados en vida—Lv. 2:4-5.
 - 3. La comunión divina nos compenetra, templada, regula, armoniza y mezcla juntos en un solo Cuerpo—1 Co. 10:16-18; 12:24-25.

Mensaje uno (continuación)

III. A fin de permanecer en el disfrute de la comunión divina, necesitamos tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado, a fin de anular el pecado que mora en nuestra naturaleza, y como nuestra ofrenda por las transgresiones, para terminar con los actos pecaminosos de nuestra conducta—1 Jn. 1:8-9; 3:20-21; Lv. 4:3; 5:6; Jn 1:29; Ro. 8:3; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24-25:

- A. El pecado es la naturaleza maligna de Satanás, quien se inyectó a sí mismo en el hombre mediante la caída de Adán, y que ahora se ha convertido en la naturaleza pecaminosa de iniquidad que mora, actúa y trabaja como una ley en el hombre caído—Ro. 5:12, 19a, 21a; 6:14; 7:11, 14, 17-23; Sal. 51:5; 1 Jn. 3:4; cfr. 2 Ts. 2:3, 7-8.
- B. Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado significa que nuestro hombre viejo ha sido anulado (Ro. 6:6), que el pecado en la naturaleza del hombre caído ha sido condenado (8:3), que Satanás como el pecado mismo ha sido destruido (He. 2:14), que el mundo ha sido juzgado, y que el príncipe de este mundo ha sido echado fuera (Jn. 12:31):
 - 1. La palabra *príncipe* en “el príncipe de este mundo” implica autoridad o poder y la lucha por el poder—Lc. 4:5-8; cfr. Mt. 20:20-21, 24; 3 Jn. 9.
 - 2. La lucha por el poder es lo que resulta de la carne, el pecado, Satanás, el mundo y el príncipe de este mundo—Gá. 5:16-17, 24-26.
 - 3. La ley del pecado en nuestra carne es el poder espontáneo, la fuerza y energía para luchar contra Dios; la ley de la ofrenda por el pecado es la ley de la vida del Cristo pneumático a quien disfrutamos para que automática y espontáneamente seamos librados de la ley del pecado—Ro. 7:23; 8:2; Lv. 6:24-30; cfr. 7:1-10.
- C. Participamos de Cristo como nuestra ofrenda por el pecado en el sentido de que lo disfrutamos como nuestra vida, la vida que lleva los pecados de otros, a fin de que nosotros podamos llevar los problemas del pueblo de Dios al ministrarles a Cristo como la vida que elimina el pecado, a fin de que ellos sean guardados en la unidad del Espíritu—1 Jn 5:16; Lv. 10:17.
- D. Mediante nuestra comunión genuina, íntima, viviente y amorosa con Dios, quien es luz (1 Jn 1:5; Col. 1:12), nos

Mensaje uno (continuación)

daremos cuenta de que somos pecaminosos y tomaremos a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado y ofrenda por las transgresiones:

1. Cuanto más amemos al Señor y lo disfrutemos más conoceremos lo malvado que somos—Is. 6:5; Lc. 5:8; Ro. 7:18.
 2. Darnos cuenta de que poseemos una naturaleza pecaminosa y tomar a Cristo como nuestra ofrenda por el pecado, causará que seamos juzgados y subyugados; darnos cuenta de esto nos preservará, ya que hará que no confiemos en nosotros mismos—Fil. 3:3; cfr. Éx. 4:6.
 3. El hombre que fue creado por Dios con el propósito de expresarlo y representarlo, no debe ser para nada más que para Dios y debe ser absolutamente para Dios; por lo que, cualquier cosa que hagamos que proceda de nosotros mismos sea bueno o malo es para nosotros, y ya que no es para Dios sino para nosotros, es pecaminoso a los ojos de Dios; existir para el yo es pecado—Gn. 1:26; Is. 43:7; Ro. 3:23:
 - a. Servir al Señor para beneficio nuestro es pecado; predicarnos a nosotros mismos es pecado—Nm. 28:2; 2 R. 5:20-27; Mt. 7:22-23; 2 Co. 4:5.
 - b. Hacer obras justas tales como dar limosna, orar y ayunar para beneficio propio a fin de expresarnos y hacer alarde de nosotros mismos es pecado—Mt. 6:1-6.
 - c. Amar a otros para nosotros mismos (sea para nuestro nombre, posición beneficio y orgullo) es pecado; criar a nuestros hijos para nuestro beneficio y nuestro futuro es pecado—Lc. 14:12-14; cfr. 1 Co. 7:14.
 4. El Señor usa nuestros fracasos para mostrarnos que horribles, feos y abominables somos, haciendo que nos olvidemos de todo lo que proviene del yo y que dependamos completamente de Dios—Sal. 51; Lc. 22:31-32; Ro. 8:28.
- E. Tomar a Cristo como la ofrenda por las transgresiones es experimentarlo como Aquel que redime, que resplandece, y que reina, a fin de disfrutarlo como el suministro de vida en la comunión de vida—1 Jn 1:1—2:2; Ap. 21:21, 23; 22:1-2:

Mensaje uno (continuación)

1. Al tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones debemos hacer una confesión cabal de todos nuestros pecados e impurezas a fin de tener una conciencia buena y pura—Hch. 24:16; 1 Ti. 1:5, 19; 3:9; 2 Ti. 1:3; He. 9:14; 10:22.
2. Si confesamos nuestros pecados Dios es fiel en Su Palabra para perdonarnos de todos nuestros pecados, y es justo en Su redención para limpiarnos de toda injusticia; además, Cristo como nuestro Hermano mayor es nuestro Abogado con el Padre a fin de restaurar nuestra comunión con el Padre que había sido interrumpida, a fin de que permanezcamos en el disfrute de la comunión divina—1 Jn. 1:7, 9; 2:1-2.
3. La purificación que nos proporciona la sangre de Jesús el Hijo de Dios resuelve el problema de separación que tenemos con Dios, el problema de culpa en nuestra conciencia y el problema de las acusaciones de Satanás, capacitándonos así para tener una vida diaria llena de la presencia de Dios—Sal. 103:1-4, 12-13; 32:1-2; Ap. 12:10-11.
4. Tomar a Cristo como nuestra ofrenda por las transgresiones con la confesión de nuestros pecados bajo la luz divina es la manera de beber a Cristo como el agua viva para que nosotros lleguemos a ser la Nueva Jerusalén—Jn. 4:14-18.
5. Tomar a Cristo como la ofrenda por las transgresiones para recibir el perdón de los pecados resulta en que temamos a Dios y amemos a Dios—Sal. 130:4; Lc. 7:47-50.

IV. Mientras disfrutamos a Cristo en la comunión divina, continuamente experimentamos en nuestra vida espiritual un ciclo de cuatro cosas cruciales: la vida eterna, la comunión de la vida eterna, la luz divina y la sangre de Jesús el Hijo de Dios; tal ciclo nos hace que crezcamos más en la vida divina hasta que alcancemos la madurez de vida, a fin de que lleguemos de forma corporativa a un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo—1 Jn. 1:1-9; He. 6:1; Ef. 4:13.